

EDITORIAL

Queridos amigos, es un gusto volver a encontrarnos con ustedes para reflexionar junto sobre los temas de bioética que tanto nos interesan y que se vuelven más y más cruciales, a medida que el tiempo pasa.

He escrito muchos y diversos editoriales pero ninguno me ha costado tanto como el de este número. La razón no es otra que la súbita irrupción de una realidad que nos sonaba propia del Medioevo – pensemos en relatos como El Decamerón de Bocaccio de mediados del 1300 que en sus versos advertía *“¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas mujeres, cuántos jóvenes gallardos a quienes no otros que Galeno, Hipócrates o Esculapio hubiesen juzgado sanísimos, desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la tarde cenaron con sus antepasados en el otro mundo!-*. Esa realidad olvidada y para muchos superada no es otra que la Pandemia Covid19.

Es cierto que la humanidad después de 100 años había olvidado la “gripe española” de 1918, a pesar del terrorífico número de muertos que causó (entre 20 y 40 millones en todo el mundo). Pero como ocurrió con el H1N1, pensamos que bastaba con un poco de cuidados y antibióticos y algún refuerzo de vacunas para superarla sin más historia.

Ésta ciega confianza en los avances técnico, esa cierta soberbia de los gobiernos que minimizaron las consecuencias que se seguirían, se fue transformando en sorpresa, preocupación, horror y desesperación al ver que las unidades de terapia intensiva saturaban sus posibilidades de atención, que casas de ancianos enteras se contagiaban y eran diezgadas, que el personal sanitario quedaba a merced del contagio por no contar con la protección mínima indispensable para cumplir su misión respetando los estándares de seguridad básicos. La población atónita volvió su mirada esperanzada hacia el Estado y los sistemas de Salud, y estos a su vez se miraban desconcertados.

La repuesta, como en los tiempos de la peste negra y la gripe española volvió a ser la cuarentena, palabra olvidada del lenguaje común y ciertamente despreciada por una medicina tecnológica y exitosa. De nuevo volvía a ser el único recurso a mano para luchar contra el virus, la cuarentena y el auto encierro. Lo que siguió después es una pintura digna del Dante: políticos negándose a ver los datos reales que pretendían mirar para otro lado como un mágico conjuro para hacer desaparecer de la realidad social, aquello que terminaría imponiéndose con la contundencia de los números; las escenas desgarradoras de médicos y enfermeras sobrepasados y agotados, que

veían morir a sus pacientes sin poder atenderlos debidamente, parientes exigiendo ver a sus adultos mayores internados o pidiendo poder disponer del cuerpo de sus padres para enterrarlos. La policía deteniendo a feligreses que se empeñaban en participar de la Eucaristía y que al mismo tiempo liberaba a presos por cuestiones sanitarias... En fin, todo se volvió caótico, confuso, improvisado, una especie de "sálvese quien pueda" que sumó problemas al problema.

Como si esto fuera poco, los canales de televisión juntamente con muchas otras formas de periodismo, sobresaturaron de información a la sociedad -algunas veces con noticias ciertas y otras falsas-, de modo que no nos permitían olvidar el número de contagiados, enfermos y fallecidos, volviendo machaconamente sobre esas cifras de horror de todo el mundo, de modo que uno no sabía si los muertos eran de China, EEUU o Italia. Turistas varados, clases suspendidas y falta inicial de insumos básicos, completaban el cuadro de situación...

En medio de éste microclima empezaron a irrumpir palabras que hasta el momento solo eran de dominio médico. Ahora puestas a disposición de las grandes masas expresiones como "triage", "ARM", "UCI", "cloriquina", "retrovirales", hicieron su aparición en el lenguaje masi-

vo de los legos, oportunidad que aprovecharon los frecuentes "opinólogos" quienes hicieron uso y abuso de ellas.

Sin embargo, poco a poco empezaron a surgir a la luz verdaderos y profundos temas bioéticos, que atravesaban con su inquietante dilema las conciencias individuales y el sentir de la sociedad. Algunos de ellos como "la Gobernanza en la crisis" afectaban a los Estados y su rol ético en el modo de atacar al virus y defender a la población. Algunos minimizaron el problema dando prioridad a evitar el desajuste económico, otros, por el contrario, protegieron a la salud pública pero a costa de debilitar su economía; también los hubo que iniciaron haciéndose los distraídos pero que el número de muertos los terminó de convencer "por las malas" del error cometido.

Otro dilema se presentó sobre el destino universal de los bienes ante la crisis sanitaria y la autoridad o no que tenían los gobiernos de suspender el usufructo de la propiedad privada, en favor del mayor interés del bien común. O el planteo de la calidad de preparación e inversión en salud pública hecha por los diversos estados.

En el plano de los sistemas de Salud, algunos de los dilemas más acuciantes pasan por la elaboración de *triages*, de

inclusión/exclusión en la asignación de unidades de cuidados intensivos y asistencia respiratoria, a pacientes con Covid 19. En consonancia con este tema surgió la importancia de basarse exclusivamente en la condición de salud de cada sujeto y no descartar por edad o discapacidad genética.

Otro tema interesante en bioética, fue el que se planteó respecto a la trazabilidad y destino de los cuerpos de pacientes muertos por coronavirus, cuando estos comenzaron a saturar las morgues y reservas especiales, a la espera de una solución.

Escribo esta editorial en pleno desarrollo de la pandemia y como todo lo que se escribe en movimiento, quedará prontamente borroso y deberá ser cambiado, pero no podemos postergar más la salida de este número de la revista y quiero establecer un puente hacia el próximo ejemplar que seguramente estaré desbordante de temas referidos a la pandemia actual.

Espero que disfruten del presente número y se preparen para el siguiente con las mismas expectativas con las que lo hago yo.

Pbo. Lic. Rubén Revello
Director de la revista